el sueño de mil años? ¿Qué conseguí con eso? La gleba sólo abrió los ojos para cerrarlos en seguida, sólo dió un bostezo para roncar de nuevo más alto que antes; estiró sus entumecidos y torpes miembros para quedar después más inmóvil y yacer como un cadáver en la antigua cama de sus habituales costumbres. Preciso es que yo descanse; ¿pero dónde he de hallar un lugar de reposo? No puedo permanecer por más tiempo en Alemania.»

Esta es la cuenta burlesca que Heine da de sus esfuerzos en sublevar á Alemania; veamos luego la patética relación que de ellos hace; por unir tanta viveza de imaginación á tanto sentimiento es un escritor notable: «El emperador Carlos V se encontraba en el Tirol, en dolorosos peligros, sitiado por sus enemigos. Todos sus caballeros y cortesanos le habían abandonado; ninguno fué en su ayuda. No sé si tenía entonces la cara redonda como

un queso con que Holbein nos lo ha pintado. Pero estoy seguro que su labio caído, en desprecio del género humano, acentuaba más el gesto que en sus retratos. ¿Cómo no despreciar la raza que en el esplendor de su prosperidad le había lisonjeado á porfía, y ahora, en su triste conflicto, le dejaba enteramente solo? De pronto se abrió la puerta y entró un hombre embozado, y cuando dejó caer la capa, el emperador reconoció á su fiel Conrado del Rosen, el bufón de la corte. Este hombre le traía consuelo y consejo, ¡y era el bufón de la corte!»

—«¡Oh, tierra natal alemana! ¡Querido pueblo alemán! Yo soy tu Conrado del Rosen. El hombre cuyo especial empleo era el de divertirte, y que en los buenos tiempos se desvivía por hacerte reir; viene á tu prisión en la hora de aflicción; bajo mi capa te traigo aquí cetro y corona; emperador mío, ¿no me reconoces? Si no puedo librar-

te, al menos te consolaré, y tendrás contigo una persona siquiera con quien charlar de tu aguda pena, y que te anime y te ame, y cuya mayor gracia y mejor sangre estará á tu servicio. Pues tú, pueblo mío eres el verdadero emperador, el verdadero señor de la tierra; tu voluntad es soberana, y más legítima que ese purpúreo *Tel est notre plaisir*, que invoca un derecho divino sin otra legalidad mejor que las unciones de afeitados y tonsurados juglares; tu voluntad, pueblo mío, es el único legítimo principio de poder. Aunque al presente estás encadenado, tu legítima causa prevalecerá al fin y al cabo; el día de la libertad se acerca, y comienza una nueva era. Emperador mío, la noche concluye, y aparece brillante el alba rojiza.

—»Conrado del Rosen, bufón mío, te equivocas; quizá tomas por el sol el brillo del hacha del verdugo, y sólo es sangre el rojo amanecer.

—»No, emperador mío, es el sol, aunque está saliendo por el Occidente; por espacio de mil años ha salido siempre por el Oriente; tiempo es ya de que haya un cambio.

—»Conrado del Rosen, mi bufón, has perdido las campanillas de tu rojo capuz, y ¡tiene ahora un aspecto tan extravagante ese rojo capuz!

—»¡Ah! Emperador mío, tu desgracia me hizo sacudir la cabeza con tanta fuerza y violencia, que las campanillas de bufón han saltado de mi capuz; pero no por eso está peor el gorro.

—»Conrado del Rosen, bufón mío, ¿qué ruido es ese ahí fuera, como de romper y estallar algo?

—»¡Calla! Eso es el hacha y la sierra del capintero, y pronto las puertas de tu prisión se abrirán con violencia, y serás libre, emperador mío.

—»¿Soy, pues, emperador en realidad? ¡Ah, olvidaba que es el tonto quien me lo dice!

—»¡Oh, no suspires, mi querido amo! El aire de la prisión te hace tan desconfiado; cuando llegues á adquirir de nuevo tus derechos, volverás á sentir correr por tus venas la valiente sangre imperial, y serás altivo como un emperador, y violento, y majestuoso, injusto, risueño é ingrato, como son los príncipes.

—»Conrado del Rosen, bufón mío, ¿qué harás tú cuando yo esté en libertad?

—»Coseré otra vez las campanillas á mi capuz.

—»Y ¿cómo recompensaré tu fidelidad?

—»¡Ah, querido amo, no dejándome morir en una zanja!»

Deseo hacer notar el lugar que corresponde á Heine en la moderna literatura europea, el vuelo de su actividad, y su valimiento. No intento dar aquí detallada relación de su vida, ni una descripción de cada una de sus

obras. En Mayo de 1831 cruzó su Jordán, el Rhin, y se estableció en su nueva Jerusalén, París. Allí vivió en adelante, yendo, por lo regular, en el verano á algún pueblo de baños, pero no haciendo más que una ó dos breves visitas á Alemania durante el resto de su vida. Sus obras en verso y en prosa se sucedieron unas á otras sin interrupción; una completa edición, llenando siete volúmenes en octavo; cuidadosamente impresa, se ha publicado en América. Por fin apareció en Alemania una edición completa. En las ediciones completas de pocos autores hay tan pequeñas faltas. Los que sólo desean una buena muestra de él, que lean su primera obra de importancia, la obra que hizo su reputación, el *Reisebilder*, ó *Cuadros de viaje;* la prosa y el verso, la viveza de ingenio y la seriedad, se confunden en ellos, y esa mezcla, rasgo característico de Heine, no se ha visto practicada con más naturali-

dad y soltura que en sus *Reisebilder*.

En 1847 su salud, que siempre había sido excelente, se quebrantó. Sufrió un ataque de parálisis. Su enfermedad provenía de una debilidad en la medula espinal; era incurable é hizo rápidos progresos. En Mayo de 1848, aun no cumplido el año de su primer ataque, salió á la calle por última vez; pero el mal tardó más de ocho años en matarle. Casi ocho años pasó inerte en un lecho sin poder hacer uso de sus miembros, consumido hasta el tamaño de un niño, tan flaco y consumido que una mujer podía llevarle en brazos; perdida la vista de un ojo, y oscurecida la del otro, necesitando para ver con él tener levantado con un dedo el párpado paralizado; y además de todo esto sufriendo á breves intervalos accidentes de agonía nerviosa. He dicho que no era notable por su valentía; pero la asombrosa fuerza de espíritu con que en medio de todos los sufri-

mientos conservó la actividad de entendimiento, la viveza de expresión, para continuar escribiendo con el mismo ardor hasta el fin, fué en realidad valerosa. Nada pudo aminorar esa aérea agudeza. «¿Puede V. soplar? *Pouvez vous siffler?*»—le preguntó un día su médico, cuando estaba ya casi sin aliento; — *siffler*, como todos saben, tiene el doble significado de *silbar* y *soplar*.—«¡Ay no! *¡Helas! non*»—respondió con voz extinguida; ni siquiera una comedia de M. Scribe: *pas même une comedie de M. Scribe!* M. Scribe es, ó era, el autor dramático de los filisteos franceses. «Mis nervios»—le decía á uno que le preguntaba por el estado de ellos en 1855, el año de la gran Exposición de París, «mis nervios son de una naturaleza tan notablemente desdichada, que estoy convencido de que obtendrían en la Exposición la gran medalla del dolor y desventura.» Leía todos los libros de medicina que trata-

ban de su dolencia. «Pero»—dijo á alguno que le encontró ocupado en eso, «no sé que provecho saco de esta lectura, excepto la de habilitarme para dar conferencias en el cielo sobre la ignorancia de los doctores de la tierra en las enfermedades de la medula espinal.»

Para la mayor parte de nosotros, ¡qué asunto de sombría seriedad son los propios padecimientos! Pero Heine trató de los suyos con esta gracia hasta el fin. Heine murió el 17 de Febrero de 1856, á los cincuenta y ocho años de edad. En su testamento prohibió que sus restos fuesen transportados á Alemania. Yace sepultado en París, en el cementerio de Montmartre.

Su directa acción política fué nula, y esto no hay que extrañarlo ni que sentirlo; la acción directa en la política no es la verdadera facultad de la literatura, y Heine había nacido literato. Aun en su favorita Francia, el giro

tomado en los asuntos públicos no era el que él deseaba, á pesar de que leía á los políticos franceses de otra manera de cómo la mayor parte de nosotros les interpretamos en Inglaterra. Se imaginaba que las cosas tendían allí al triunfo del comunismo; y para un campeón de la idea como Heine, era muy repulsivo lo que en el comunismo hay de grosero y ruín. «Todo es inútil»—exclamaba en su lecho de muerte, «el futuro pertenece á nuestros enemigos los comunistas, y Luis Napoleón es su precursor Juan Bautista.» «Y sin embargo»—añadía con todo su antiguo amor al pueblo francés, esa notable entidad de tanta atracción para él, y tan completamente desconocida en Inglaterra—«no creo que Dios permita que todo esto continúe simplemente como una gran comedia. Aunque en la actualidad los comisionistas lo niegan, El sabe mejor que ellos que vendrá un tiempo en que aprenderán á creer en

El.» Después de 1831 sus esperanzas de hacer zozobrar pronto los gobiernos alemanes se desvanecieron, y su propaganda tomó otro caracter más verdaderamente literario. Tomó el carácter de una vigorosa aplicación del espíritu moderno á la literatura. Dirigió todas sus facultades al asunto principal de sus ideas sobre las ardientes cuestiones de la vida moderna. Tocó todos los puntos importantes en el trascurso de la raza humana, y en esto siguió la tendencia de la extensa cultura germánica, pero los tocó con una varilla que los trajo á todos bajo la luz que á la moderna mirada interesa verlos, y en esto dió una lección á la cultura de Alemania—tan amplia, tan imparcial, que está en disposición de convertirse en floja é impotente, perdiendo sus demostraciones por falta de una rotunda idea céntrica á la cual se agrupen todas sus demás ideas. Por esto la escuela romántica y mística de Alemania malgastándose en la Edad Media, fué sobrepujada por su influencia y llegó á la ruina por sus vanos sueños de renacimiento. Heine, con más honda percepción del encanto místico y romántico de la Edad Media, que Goewes ó Brentano, ó Armin. Heine, el principal poeta romántico de Alemania, es de mayor importancia que un poeta romántico, es un gran poeta moderno, no se deja conquistar por la Edad Media, porque tiene un talismán por medio del cual puede sentir—á la par, ya que no por cima del dominio de la fascinadora Edad Media—el poder de las ideas modernas.

Un crítico francés, al hablar de Heine, cree haber dicho bastante diciendo que Heine proclamó á golpes de tambor las ideas de 1879, en los países alemanes, y que al placentero ruido de su tambor huyeron los fantasmas de la Edad Media. Pero esto tiene un tono demasiado francés para tomarlo en

cuenta. Alemania, esa vasta mina de ideas, no necesita importarlas como tales de ningún país extranjero; y si Heine hubiera importado de Francia á Alemania semejantes ideas, sería como llevar carbones á Newcastle. Pero en lo que Francia, menos contemplativa que Alemania, es notable, es en la impetuosa, ardiente y práctica aplicación de una idea, cuando se apodera de ella, en todas las escalas de la actividad humana que la admite. Y lo que más falta en Alemania, y por echarse de menos, esa iniciativa aparece tan inerte é impotente, es precisamente la aplicación práctica de sus innumerables ideas. «Cuando Cándido — dice Heine — vino á Eldorado, vió en las calles un grupo de muchachos que jugaban con pedazos de oro en vez de guijarros, este grado de lujo le hizo imaginar que serían hijos de rey, y no fué pequeño su asombro cuando supo que en Eldorado los pedazos de oro no

tienen mayor valor que el de los guijarros para nosotros, y que los niños de la escuela jugaban con ellos. Una cosa parecida le sucedió á un amigo mío, extranjero, cuando llegó á Alemania y leyó los primeros libros alemanes. Estaba muy admirado de la riqueza de ideas que hallaba en ellos, pero pronto notó que las ideas en Alemania son tan abundantes como los pedazos de oro en Eldorado, y que aquellos escritores que había tomado por príncipes de la inteligencia, sólo eran en realidad muchachos de escuela.» Heine era, como él mismo se llamaba, un «Hijo de la Revolución Francesa», un «Iniciador», porque aseguró con vigor á los alemanes que las ideas no eran fichas ó guijarros, para jugar á su gusto; porque expuso en la literatura moderna ideas aplicadas con la mayor libertad, claridad y originalidad. Y por esto declaró que la gran tarea de su vida había sido el esfuerzo

en establecer una relación cordial entre Francia y Alemania. Tratando de conseguir una unión entre el espíritu francés y las ideas y cultura alemanas, es como cimenta algo nuevo, abre un período no trillado, y merece más la atención de la crítica que los poetas alemanes contemporáneos suyos, que simplemente continúan un antiguo período hasta que se extingue. Puede predecirse que también en la literatura de otros países, el espíritu francés está destinado á hacer sentir su influencia —como elemento de novedad y movimiento aliado á la viveza original— como ha influido en la literatura alemana; dentro de cincuenta años un crítico demostrará á nuestros nietos como se ha verificado este fenómeno.

En Inglaterra, en el gran impulso de nuestra literatura durante los primeros treinta años del siglo presente, no hubo manifestación del espíritu moderno tal como se manifiesta en las

obras de Goethe y de Heine. Y la razón no es difícil de buscar. Nosotros no tenemos la riqueza de ideas de los alemanes, ni el entusiasmo de los franceses para aplicarlas. En la masa de la nación reina esa inveterada inaccesibilidad á las ideas, ese filesteísmo—usando el apodo alemán—que las hace rechazar hasta en el talento indívidual exento de eso. En la época de nuestra más grandiosa literatura, la del siglo de Isabel, la sociedad inglesa en general fué accesible á las ideas, las acogió y se vivificó con ellas hasta un límite, que nunca volvió á alcanzarse en Inglaterra desde entonces. He ahí la única grandeza literaria inglesa de Shakespeare y sus contemporáneos. Fueron poderosamente sostenidos por la vida intelectual de su nación; aplicaron con libertad en la literatura las entonces modernas ideas—las ideas del Renacimiento y la Reforma.—Pocos años después, la importante clase me-

dia, la medula de la nación, la clase cuya inteligente simpatía había sostenido á Shakespeare, entró en la prisión del puritanismo y encerró en él bajo llave, su energía por espacio de doscientos años. «El ensanchó una nación — dice Job — y la estrechó otra vez.»

En el movimiento literario de los comienzos del siglo XIX la señal encaminada á aplicar con libertad el nuevo progreso fué hecha en Inglaterra por dos miembros de clase aristocrática, Byron y Shelley. Las aristocracias, como tales, son naturalmente refractarias á las ideas; pero sus individualidades tienen gran valor y acierto para romper ligaduras; y el hombre de talento, hijo del ideal, cuando nace en la clase aristocrática se irrita contra los obstáculos que le impiden desarrollarlo con libertad. Empero Byron y Shelley no tuvieron exito en aplicar el progreso á la literatura inglesa, no podían tenerlo: la resistencia para hundirlos, la falta de inteligente simpatía para guiarlos y sostenerlos, fueron demasiado fuertes. Su creación literaria comparada con la de Shakespeare y Spencer, y con la de Goette y Heine, es una derrota. La más valiosa creación literaria de ese tiempo en Inglaterra dimana de hombres que no hicieron la audaz tentativa de igual manera que Byron y Shelley. ¿Cuál fué en efecto, el camino recorrido por los principales literatos ingleses contemporáneos suyos? El más notable de ellos, Wordsworth, se retiró á un monasterio (según frase de la Edad Media). Es decir, se sumergió en una vida interna, apartándose voluntariamente del espíritu moderno. Coleridge se entregó al opio. Scott llegó á ser el verdadero cronista del feudalismo. Keats se dedicó con pasión al númen patético, á sus dones para interpretar la naturaleza; y murió de consunción á

los veinte y cinco años. Wordsworth, Scott, y Keats han dejado obras admirables; obras más sólidas y completas que las de Byron y Shelley. Pero tienen este defecto, que no pertenecen á la corriente principal de la literatura de las épocas modernas, que no aplican á la vida el progreso de las ideas; por lo tanto forman *corrientes menores* y cualquiera otra obra literaria de nuestros días que tenga el mismo defecto, aunque sea bien aceptada, sólo constituye una corriente de menor cuantía. Byron y Shelley, aunque lo defectuoso de su trabajo práctico está claramente reconocido, quedarán señalados por su esfuerzo ardiente y titánico en afluir al arroyo principal de la literatura moderna; sus nombres serán más ensalzados que sus escritos; *stat magni nominis umbra.*

La buena fortuna literaria de Heine fué superior á la de Byron y Shelley. Su teatro de operaciones era Alemania,

cuyo filisteísmo no consiste en falta de ideales, ni en que sea inaccesible á ellos, pues hierve en ideas y las ama, pero, como he dicho, con débil y vacilante aplicación del progreso moderno á la vida. El profundo modernismo de Heine, su libertad absoluta, su total recusamiento del acopio clásico y romántico, su manera de presentar las cosas bajo el punto de vista de este siglo, fueron comprendidas y escuchadas en Alemania, tanto en virtud de su vasta y tolerante ilustración, como en lo que la hería y afrentaba lo que Heine decía. Al ingenio espiritual y ardiente modernismo de Francia tenía Heine la cultura, el sentimiento y la meditación de Alemania. Esto es lo que le hace tan notable; su maravillosa ingenuidad, gracia é independencia, unidas á un sentimiento tan profundo y elevado. En nada se encuentra una gracia más chispeante que en su historia del abad francés que era mentor

suyo, y pretendía que le dijese que *der Glaube* es en francés *la Religión*. «Seis veces me hizo la pregunta: Enrique ¿qué es *der Glaube* en francés? y seis veces le contesté con más fuertes sollozos: es *le crédit*. Y á la séptima, el enfurecido preguntón, con el rostro rojo de rabia, gritó: es la *religión*; y una lluvia de bofetones cayó sobre mí, y todos los demás muchachos soltaron á reir. Desde ese día nunca he sido capaz de oir mencionar la *religión* sin sentir correr por mi espalda un estremecimiento, y sin ponerme encarnado de vergüenza.» O en la manera de comentar el destino del catedrático Saalfeld, que había sido dado á escribir folletos contra Napoleón, y que estaba de profesor en Göttingan, gran residencia—según Heine—de pedantería y filisteísmo: «Es curioso—dice Heine—que los tres mayores adversarios de Napoleón hayan acabado todos miserablemente. Castlereagh se degolló; Luis XVIII se

pudrió en el trono, y el catedrático Saalfeld está todavía en Göttingan de profesor». Es imposible ir más allá.

¡Cuánto ingenio hay también en ese dicho que todos saben: «El inglés ama la libertad como á su legítima esposa, el francés la adora como á su querida y el alemán la quiere como á su abuela.» Pero el giro que Heine da á este dicho incomparable no es tan conocido; y por ese giro se muestra verdadero poeta, lleno de ternura y delicadeza, de inextinguibles recursos de novedad y resonancia. «Y, sin embargo, á pesar de todo, nadie puede decir cómo resultarán las cosas. El áspero inglés, en una riña con su esposa, és capaz de ponerle cualquier día una soga al cuello y llevarla á Smithfield para venderla. El inconstante francés puede llegar á ser infiel á su querida adorada, y vérsele revoloteando tras de otra en las cercanías de Palais Royal. *Pero el alemán nunca abandonará*